

SE ACABÓ

Juan Aguilera Manovel

Se acabó.

No fue fácil ni sencillo.

Hasta fue en algunos momentos en extremo doloroso e incómodo, pero fue un tiempo breve en comparación con lo que había quedado atrás. Y siempre estaba allí el equipo médico para intentar aliviar y ayudar en todo lo posible.

El día del alta llegó, y comenzó la recuperación en casa.

Al principio, el agotamiento y el dolor acompañaron, por lo que era arduo ver un futuro sin ellos. Casi parecía como si no se hubiera hecho nada. Los sentimientos de tristeza y angustia afloraban con frecuencia, haciendo difícil poder disfrutar de un libro, una película, una serie, un videojuego o un ser querido. Pero los días siguieron pasando. Se convirtieron en semanas. Y la fuerza que se creía perdida regresó, y cada paso fue costando menos. Las tripas se fueron asentando y el dolor se fue reduciendo. El ánimo ganó fuerza y llegó la alegría.

Hubo que hacer algunos ajustes, un medicamento por aquí, un aporte vitamínico por allá, y varias curas más...

Pero se acabó.

Se acabó el dolor, el puño de hierro al rojo vivo repleto de pinchos que atravesaba las entrañas, que rompía el sueño en mil pedazos durante la noche y que hacía perder la concentración durante el día, impidiendo disfrutar de los pequeños placeres de la vida que estaban al alcance, pero quedaban ocultos por él.

Se acabó el tener que mirar a los alrededores, por la calle o en cada uno de los lugares a los que se iba, en busca de un cuarto de baño, y rezar para que este estuviera libre cuando se sentía el primer indicio de que lo que se comió quería volver fuera.

Se acabó el no poder comer eso que tanto placer generaba al paladar porque el puño de hierro aparecería después, obligando a todos a ir a sitios en los que hay algo que no produzca ese dolor.

Se acabó la debilidad que acompañaba siempre, por lo que nunca eran muy lejanas ni duraderas las escapadas fuera del hogar.

Se acabó la hegemonía del Crohn y comencé a ser más yo mismo.